

La universitaria admirable

Carlos Álvarez Parejo

La observo en el extraño silencio de la clase. La voz del profesor se ahoga en los vacíos de mi mente. Los ruidillos incesantes del resto de estudiantes quedan olvidados. Mis ojos están puestos en ella. Mis oídos solo escuchan el teclear de sus dedos blancos y gruesos.

Ella es ciega. Admirable. Está entre nosotros, peleando por lo que le corresponde. No puede ver la entrada del edificio, sus pasillos repletos de universitarios excitados, el color anodino de las aulas, las emociones en los rostros cansados, nerviosos o entregados de los profesores. Sin embargo, ahí está. Superando todo lo que ignora, aquello que tiene que imaginar. Caminar a ciegas, vivir a ciegas, darle color a la vida, a las caras que se acercan...

Mueve los dedos sobre su teclado especial. El ruidillo me distrae y sonrío. Estoy seguro de que obtendrá el título. Lo noto en la forma que tiene de entrar en clase, normalmente acompañada de una voluntaria, la manera de sentarse, de agradecer lo poco que se le ofrece, cómo atiende la charla del profesor. Esa mujer es una luchadora, alguien especial. Me recuerda a mi hermana pequeña...

Recuerdo el día que mi madre superó la entrada de casa con mi hermana entre los brazos, protegiéndola del mundo exterior. Mi padre nos saludaba. Nosotros estábamos locos por ver ese minúsculo y desprotegido ser envuelto en telas blancas. Mi madre, antes de mostrarla, nos avisó: *“Aunque es diferente la tendrán que querer igual”*. Yo empecé a tener miedo, a ponerme nervioso. Sentía mi corazón latiendo frenético bajo mi carcasa de piel y huesos. ¿Qué podía haber de diferente en un recién nacido?

Cuando logré ver a mi hermana, una vez que mi madre la mostró, conté sus brazos y piernas, sus ojos y orejas, su nariz. Toqué su frente, miré sus deditos, los de las manos y los de los pies. A mí todo me pareció normal y suspiré aliviado. Quizás es la mejor parte de ser niño. Un niño no posee los miedos, las intransigencias, el mundo normalizado, escrito y rígido de los adultos. Un niño es pura imaginación, una bomba de fantasía y amor, de instinto y de pasta blanda lista para aprender y moldearse, o ser moldeada.

Yo no vi lo “especial” de mi hermana, su cualidad de Down, sus futuras deficiencias y los miedos que afloraban en las mentes de mis padres. El miedo al rechazo y al fracaso. Obstáculos que tendríamos que saltar juntos, barreras que tendría que superar ella sola. Yo no supe ver nada de eso. Yo vi su otra parte especial, la que solo ve el amor, la dulzura de un corazón protector. Yo vi un ser humano pequeño e indefenso, una compañera de juegos, alguien a quien amar, con quien compartir los mejores momentos de mi vida, a quien contarle mis secretos, a quien escuchar.

Mientras pasaban los años, me fui uniendo a mi hermana. Jugábamos con ella constantemente. La zaleábamos a todas horas como si fuera un juguete. Corríamos con ella por los pasillos, empujábamos su coche por el parque y la lanzábamos por las cuestas. La poníamos de portera delante del mueble del salón mientras nosotros regateábamos con la pelota y luego disparábamos. Ella las paraba a veces, otras no. En ocasiones se iba y nos dejaba allí tirados. Elena era el tercer elemento, la figura que nos faltaba, un hermano más.

No supe ver la discapacidad de mi hermana. Es el mayor placer de haberla visto nacer, tenido cerca, verla crecer, jugar con ella. Para mí, ella siempre fue normal, porque lo normal era que fuera así. Porque siempre fue así. Nunca exigí que corriera más, ni que saltara más, ni que hablara mejor o más lento. Como nunca se lo exigí a mi hermano, ni a mis primos, ni a otros niños. Ella tenía sus cualidades, como otros teníamos las nuestras,

porque cada ser de este mundo tiene las suyas, mejores o peores, pero propias y diferentes y ahí reside la riqueza del ser humano, esa que tanto parece que nos cuesta ver.

Si había algo distinto y especial que de verdad poseía mi hermana desde su nacimiento era su gran capacidad para amar. Elena era todo corazón. Pura bondad. Mientras otros niños desarrollaban instintos que no son precisamente para estar orgullosos, como la obsesión por poseer, el egoísmo o la violencia, Elena ofrecía su corazón abierto al mundo, lleno de alegría por compartir cualquiera de sus posesiones y rebosante de inocencia. Su capacidad para dar amor. Esa fue la cualidad que yo siempre vi en mi hermana más que en otras personas. La más hermosa y admirable de las cualidades. Sin embargo, años después, todavía adolescente, estando en el instituto, me di cuenta de que llevaba años equivocándome...

Desde su nacimiento, he visto a mi hermana balbucear y hablar. La he visto gatear y ponerse a andar. La he visto con una logopeda haciendo ejercicios día sí y día también. La he visto correr tras de mí, pelearse por un hueco entre dos hermanos que jugaban como salvajes. La he visto defenderse de nosotros. Comunicarse con infinidad de niños, siempre entendiéndose. La he visto mirar a los adultos preguntándose por qué hacían más caso a sus miedos que a su imaginación. Y esto es lo que me enseñó mi hermana. A imaginar que todo podía hacerse realidad.

Elena terminó el instituto e hizo varios módulos de formación. Ha sido campeona de España de gimnasia, de pádel y de doma clásica, siempre en su categoría. Elena se sube a un caballo y salta barreras de más de un metro. Elena lleva saltando barreras toda la vida, enfrentándose a un mundo discapacitado, un mundo que no quiso estar listo para ella, para que mi hermana pudiera vivir. Porque mi hermana pequeña es de esas personas que han dedicado su vida a abrir el camino para el cambio. Nació cuando todavía pesaba el estigma, cuando no había asociaciones que empujaran junto a ellos, cuando se ocultaba

a los discapacitados en casa, como si diera vergüenza haberlos tenido. Elena es de esas maravillosas personas que tiene mucho que dar, enseñar y mostrar. Tiene talento, ambición y soltura, pero demasiadas barreras por medio. Tantas que no podrá vivir como yo, hacer realidad sus sueños o llegar a su meta, metas que hoy, cuando las cuenta, todavía suenan absurdas, pero dentro de treinta, cuarenta o cien años, quién sabe, sonarán normales. Porque también hablar de los derechos de la mujer en el siglo XIX era de locos, la progresión de los afroamericanos en la mitad del XX sonaba a broma, pensar que un ciego sacaría un título universitario parecía un chiste..., pero estas cosas se hicieron realidad.

A día de hoy, mirando a esa heroína ciega, acordándome de mi hermana, me doy cuenta de todo por lo que pasan, de sus incapacidades por llegar a muchas de sus metas y de sus grandísimas capacidades para enfrentarse al mundo cada día, ese que les impone barreras. Percibo sus frustraciones, sus días de desgana, sus depresiones y sus lamentos. Noto sus momentos de infelicidad y me pregunto cómo pueden seguir, de dónde sacan las fuerzas. Comparto esos sentimientos, también míos, como también comparto el éxito, los triunfos, pequeños y grandes. Auténticos retos. Cuando esta mujer se saque el título, sentiré que también es mío, de toda la sociedad, del ser humano en general.

Ellas son luchadoras, pioneras que allanan el camino a los que vendrán detrás, personas anónimas que ponen su granito de arena para hacer del siglo XXI un mundo mejor. Superan tantas barreras que todavía me pregunto si tienen fuerzas para más. Por eso, cuando yo mismo suspendo un examen, cuando me hundo en el fracaso y solo me apetece llorar, cuando pienso que no tengo fuerzas para más, cuando la carrera se me hace grande y las fuerzas me flaquean, entonces, con las rodillas temblando, pienso en ellas. Todo lo que han derribado, toda la energía que demuestran en su infinita lucha, fluye hacia mí y me inspira. Mis rodillas vuelven a tener fuerzas y me sostienen.